

## De Lorca y Machado [II]



Federico García Lorca, Margarita Xirgú y Cipriano Rivas-Cherif

En esta ocasión os presentamos la primera de las tres entregas que Cipriano Rivas-Cherif dedicó, en el diario mexicano *Excélsior*, al asesinato de su amigo Federico. y acabamos con un hermoso texto de Carlos Sampelayo dedicado a la muerte de Antonio Machado. En la próxima ocasión acabaremos con los dos textos de Rivas, contaremos algo de su vida y algunas cosas más de Machado, Rafael Alberti y Luis Cernuda.

## LA MUERTE Y LA PASIÓN DE GARCÍA LORCA (parte I)

Cipriano Rivas-Cherif

*Publica hoy DIORAMA DE LA CULTURA la primera parte de un estudio del director de escena español C. Rivas Cherif, quien al lado de Margarita Xirgú colaboró estrechamente con García Lorca en la realización de notables proyectos teatrales cuya importancia artística traspuso las fronteras culturales españolas para provocar la curiosidad, primero, y después el entusiasmo de los jóvenes artistas e intelectuales americanos de aquella época nada remota. Además, tales esfuerzos dejaron su importancia en los rumbos inmediatos y futuros del arte teatral en nuestra lengua. Rivas Cherif, amigo y socio artístico de García Lorca, hace en este ensayo valiosas revelaciones sobre el espíritu de Federico, sobre el hombre fabuloso, víctima de un duende que se le desbordaba por todos los poros, y sobre la proyección de un singular carácter en su obra y en su oficio de poeta, de ensayista original y director de teatro, atenido a la magia de la intuición. También estas páginas arrojan no poca luz sobre las oscuras circunstancias que rodearon la muerte de García Lorca en "su Granada." DIORAMA DE LA CULTURA, en entregas posteriores, dará a conocer a sus lectores las partes sucesivas del ensayo de Rivas Cherif que inicia este domingo. Las ilustraciones de esta página son obra de Mariana Yampolsky. [Nota del Excélsior. México DF, 6 enero 1957]*

Hasta hace veinte años, para cualquier chico de la escuela, el Gran Federico era un rey de Prusia. Sus anécdotas servían de ejercicio práctico para traducir del francés al castellano por el método de Ahn. De veinte años a la fecha no hay quien no sepa que el Gran Federico no es otro que García Lorca. Las falsas gitanerías de un populacho que divaga de las redacciones de los periódicos a los escenarios flamencos de más baja estofa, y no digamos los de arte; la degeneración de su estilo poético en morboso remedio de la peor especie metafórica o surrealista; cuando no la admiración decadente de sus gracias, tergiversadas, o la calumnia simplemente, hacen todo lo que pueden, que es mucho, por menoscabar esa grandeza frustrada por la Fatalidad.

Pero entendámonos. (Yo tampoco quiero decir con esto que con avenirse a indignada pero tardía razón los que de una vez por todas la perdieron, carguemos con una culpa atroz los que nunca la tuvimos.)

Decir que a Federico García Lorca lo mató la Fatalidad—el *fatum* de la tragedia—no puede implicar la exculpación, repito, de sus matadores, de sus asesinos: el guardia civil que le dio el tiro más atroz del alboroto; el jefe del pelotón que se aprestaba a legalizar un simulacro de sentencia; el gobernador militar que la autorizó, con el dizque tribunal, si es que lo hubo; el Judas que lo entregó a mansalva; el que se asustó de tenerlo a cubierto; la Envidia, la envidia, sí, perversión tan española de la emulación competente, como pueda serlo la avaricia molieresca de la pasión francesa del ahorro hasta la sordidez—la envidia misérrimamente provinciana de medio pueblo, más uno, de energúmenos cruelmente solapados. Ese Uno sobre todo—y sobre todos—, caudillo del horror.

En estas columnas de EXCELSIOR se ha publicado la carta—tan cierta que podía parecer apócrifa—que Dionisio Ridruejo, poeta titulado de la Falange Española, ha dirigido al Ministro de Información del Gobierno de Franco, protestando con vergüenza retrasada por el crimen más grande contra el espíritu que se haya podido cometer en esta guerra civil del mundo que de veinte años dura; pero que retrasada la protesta y la vergüenza del clamoroso arrepentido, todavía se anticipa a la de cualquier obispo español—ni siquiera el de Granada— por la muerte de García Lorca, revivida, si así puede decirse con tremenda paradoja, por el relato vil de un periódico francés tradicionalmente acreditado por su alevosía, el *Figaro* de París, en su hoja literaria, que no podía llegar a menos A menos de que, como así ha sido, lo reproduzca una "gaceta literaria" de Madrid que tampoco podía llegar a más ignominia de cuanta embarra la pluma de sus redactores.



Creo tener la versión definitiva

La última vez que Federico García Lorca se produjo ante un cierto público de amigos fue leyendo *La casa de Bernarda Alba*, recién terminada, en la del doctor Gregorio Marañón. Este dato, confirmado que me fue por el propio huésped, lo tuve ya, muy inmediatamente a la muerte del poeta, por Encarnación López Júlvez, apellido éste segundo de “la Argentinista,” que el propio Federico reveló graciosamente a los admiradores de la artista, en la dedicatoria del *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*.

El azar nos había reunido a ella y a mí, rehuyendo más o menos la tremenda incivildad de la guerra del mundo con prólogo en España, cuando la Argentinista, desesperada por la pérdida de nuestro amigo, a que yo me resistía obstinadamente incrédulo, me aseguró su irrefutable verdad. La había sabido por Daranas, cronista español contra la República, en París por entonces. Mi angustiada esperanza no tenía otro fundamento que la reserva prudencial aconsejada por don Fernando de los Ríos, tan allegado, incluso familiarmente, al poeta; y el silencio que hasta mucho después se imponía su hermano, Paco García Lorca, secretario de la embajada de España en Bruselas aceptando, a cuanto puede saber, la esperanzada suposición de que Federico vivía aún, preso en Granada, donde fue fusilado su cuñado el alcalde Montesinos, apenas se pronunció el gobierno militar contra el civil y la ciudad misma.

Diez años pasados, otra persona de crédito muy particularmente unida a los intereses de la familia García Lorca, me hizo en Madrid ya el relato de la muerte ominosa de Federico. Al creerle, en el accidente de su captura por los asesinos, había intervenido, con malicia alimentada por el temor, una sirvienta de la casa en que el poeta se había refugiado. El error de esta noticia me fue manifiesto posteriormente, como se verá, por la relación detallada que me dio uno de sus más íntimos amigos, a cuya custodia infeliz accedió a confiarse con la aquiescencia de sus padres y su hermana viuda.

Mi primer informante se limitó, más que a referirme pormenores que acaso él mismo ignoraba, a desmentir las circunstancias que la espantada imaginación de un vulgo insensible a la evidencia incluso, por saturación del sufrimiento, añadía por modo macabro a la verdad de lo sucedido; como si no bastara al dolor, a la indignación, a la náusea física, la impiedad de tanta sangre, rebosante, con la de Federico, de los pecados de un pueblo, de la humanidad sí; pero sobre todo— se cansarán las gentes de oírlo antes que de repetirlo yo—sobre todo, influyente por las generaciones en las manos de los criminales y en el nombre de sus hijos, manchado para siempre en la conciencia—y en el subconsciente de su descendencia cuando se les borre la memoria—por la maldición inmanente y perenne de esa sangre irredenta.

Federico, según ese cuento, no había llegado al fusilamiento formal. Mi relator primero, no me habló de proceso, ni menos de juicio o procedimiento alguno. La delación de una criada le había entregado a los perseguidores de su escondite. Llevado que había sido en un furgón, todavía de noche, a las tapias del cementerio—camposanto para los cristianos—de un poblado próximo a Granada, Federico: que acaso pensaba, creo yo, en la verosimilitud de la misma fuga melodramática que Sardou apunta en *La tosca*. Se dio cuenta no más le hicieron descender del carro carcelario, de la inminencia de su muerte. Clamó desesperado, impetró piedad. El tiro en la nuca de un guardia civil le dio sin más la paz eterna y la gloria inmortal de los espíritus puros.

El vulgo romancero no supo contentarse con tan poco. E inventó de boca en boca el colofón propicio a la musa arrabalera de un cuplé prematuro cuanto repugnante. Que no se haya escrito, no exculpa tampoco a los cantores verdelunáticos, a las juglaresas flamencoides, ciegos difusores—hasta por la radio—de toda poesía ramplonamente horrenda que se aprestan, prevalidos de la censura española y la condescendencia del mundo, de perpetrar quién sabe qué romances, qué tangos, qué endechas y lloros, de que él ya se reía en vida infinitamente.



La musa vulgar de la murmuración añadió a la realidad por demás cruel del momento, el estrambote espeluznante de un tiro sin gracia. Según esa referencia anónima, Federico habría quedado con vida aún, entregado al lívido amanecer de los cuervos. Al paso de un caminante sin rumbo conocido tampoco, el moribundo se había incorporado sobre las rodillas y pedido a gritos al viajero espeluznado que rematara su agonía. El nunca identificado transeúnte se perdió, corriendo la noticia, redundantemente horrorosa, por las encrucijadas del Albaicín. Lo cierto es que “le mataron al caballero—la gala de Medina, la flor de Olmedo...” sin epitafio ni cruz. Pero se sabe donde.

Nadie durante mi estancia en Madrid, del 46 al 47, se atrevió a explanar la insinuación, que flotaba en el aire impuro, de la cobardía de Federico ante la muerte que él esperaba más de otra conformidad, decentemente en su cama, en comparación de tantas otras heroicas como se pregonaban, de un lado y otro de la boricada. Y boricada, no barricada he dicho, que a tan feroz coceo sangriento vino a parar, en tremendo e irreparable daño de los arrieros, la guerra de los rebuznos del *Quijote*.

Menos se atrevió nadie a proponerme la conveniencia de un pacto implícito en la sugestión de un azar tan infausto como imprevisible, en consideración al cual tanto hemos matado a Federico sus amigos como sus enemigos natos, y más quizá sus amigos de última hora, pues que entre tantos de siempre hasta la de su muerte, acompañan su memoria—en que no hay rastro de recuerdo compartido con la nuestra, con la mía por ejemplo mas próximo—, los mas acendrados camisas viejas de la Falange. No, no le hemos matado los que le queríamos así, como era.

Particularmente interesante me fue la entrevista, al cabo, con un viejo amigo de los dos, granadino por más señas y propenso desde joven al conservadurismo de las academias. Es hombre a quien una voz destemplada, una movilidad insana del cuello, y las pausas con que interrumpe el atropello incoherente de un discurso lógico, junto con una fealdad de moro, templada por la suavidad de la buena educación y el acento infeliz de un alma ingenua, han dado una apariencia, cuasi cómica, inconsecuente con su ser natural. Tiene una vena angustiante de loco y un sentido muy común de adaptación al medio.

Yo le vi llorar hace muchos años, como un niño que ya no era, ante la muerte de un poeta adolescente, cantado luego por García Lorca.<sup>3</sup> Y en esta ocasión, tras de mucho esperar a que yo le llamara y aun arrodillada a solicitarme audiencia, temeroso de que irreductible a todo compromiso de una amistad divina por una espada roja de sangre hasta la cruz, no quisiera yo reanudarla, podía hablarme, a rugidos como siempre, pero rociados de sensatez, en pugna con el chirrido de los tranvías que asolaban de trepidaciones el desgarrado tráfigo de la calle madrileña por la que volvíamos de otro convivio reanudado también apenas, y casi espetarme, tras de muchas vueltas por alusiones de tanteo:

—Yo no he querido ser gobernador, gobernador: yo no he querido. A Federico, a Federico, lo mató la Envidia. La envidia de Granada.



## La versión de Luis Rosales

Pocos años después me hallaba de profesor visitante en una universidad antillana, cuando se anunció la visita de dos embajadores intelectuales de la nueva España. No de México, ciertamente, que de siglos repudia tales novedades: de la España de Franco.

La embajada en cuestión, no más que oficiosa, y de las que se habilitan periódicamente para estrechar lazos, relajados por el uso, o rotos de tan fuertes, era ya hartamente exigua al llegar a la Isla. La componían dos poetas. Luis Rosales, el que aquí importa. El otro cuenta entre los de la generación más o menos de la guerra civil, por de los mejores, a lo que me dicen más que por lo que sé. El tercero, en discordia que vino a ser, y que por primero se tenía en edad, saber y gubernamentalismo acomodaticio, era Agustín de Foxá, mal imitador del García Lorca más asequible, sobre todo en una comedia de pocos años atrás y que con el título de *Baile en capitanía* remeda con poca gracia la de *Rosita la soltera*. Se quedó en La Habana luego del primer tropiezo de la comisión, o embajada, en Caracas.

En Caracas y en La Habana un público, poco propicio, recibió a los tan poco conocidos como ilustres huéspedes a puros tomatazos de infecto desecho. El Puerto Rico se la tenían preparada peor si cabe.

Un poeta, Luis Palés Matos, cuyos laureles ilustran de años ya el moderno Parnaso hispanoamericano, y cuya influencia negrófila es evidente en la poesía lorquiana inmediatamente posterior al gitanismo del *Romancero*, se aventuró a decir, bien que no todavía en la prensa local, que por su mano lavarían en la cara de Rosales la afrenta que ensombrecía a la Isla con la sola presencia en ella del asesino de Federico.

Me apresuré a sacarle de su impetuoso error. Del enemigo el consejo, aprendí en el Sumarísimo de Urgencia a que fui sometido, tras de raptado en Francia por la Gestapo y el secretario de la Dirección General de Seguridad de Franco, luego de delatado en mi refugio de La Gironde por el entonces embajador en París José Félix de Lequerica, hoy acreditado delegado español en las Naciones Unidas a Nueva York y su Wall Street—aprendí, digo, a establecer una “jerarquía de responsabilidades” en el rigor de la acusación, como conmigo hizo el fiscal de mi proceso, poniéndome en el cuarto lugar, a que ya tocó la intercesión divina y en el corazón (¿?) de Franco, para mi [mí?] indulto.

Yo sabía sin que nadie me lo hubiera dicho que Luis Rosales no podía ser el asesino de Federico. En el peor de los casos de conciencia, encubridor inconsciente. Todo lo más, cómplice por negligencia y en fin de cuentas oscuras, su simple y forzado súbdito por miedo insuperable.

Ello es que la protesta pública no se produjo: pero sí que los dos conspicuos intelectuales franquistas no hallaron más acomodo a sus apuradas disquisiciones literarias que la Casa de España, que en San Juan, como por doquier en toda América, satura de aparatósimo gusto, el de por sí no muy depurado de las “buenas sociedades” más o menos capitalinas o provincianas. Ni José Tamayo, el hoy acreditado director del Teatro Español de Madrid y a la sazón con su compañía, de origen granadino por cierto, en el Tapia de la capital borinqueña, se atrevió a viciar el éxito de sus representaciones con ceder la sala un día a los conferenciantes que la Universidad y el Ateneo repudiaban, y el gobernador no recibía, y sólo dos ateneístas, forzando un reglamento interior magníficamente liberal, obsequiaban en el privado de una sección o apartado, con estricta recepción y sucinta concurrencia.

Me aventuré a llamar a Rosales por teléfono, cuando ya se iba a marchar, solicitando verle. Y apuntándole el por qué.



Me contestó con efusión incontenible. No quería otra cosa desde su llegada. Sabía lo de mi defensa contra la imputación de asesinato que se le había hecho. Quería correr a donde yo estuviera en aquel momento. Me apresuré a tranquilizar su impaciencia. De intento, había esperado a la víspera de su partida para oírle la verdad—si quería decírmela—yo no era un juez y solo hay Uno, sin duda, que a todos nos ha de juzgar definitivamente, y de que es trasunto en pasatiempo—no tan divertido para muchos—la conciencia de cada cual; para oírle la verdad de cuanto se decía de la muerte de Federico.

A la media hora nos reuníamos en el hotel donde se hospedaba con su compañero, que solo asistió al final de mi visita para presentarme, previo mi consentimiento, al cónsul de España. No conocía yo a Luis Rosales sino de oídas; pero sabía, claro, de su gran intimidad juvenil con Federico.

Hombre ya hecho y derecho, un poco y un mucho “gitano señorito”, conservaba todavía hace algunos años, los pocos transcurridos de entonces acá, cierta prestancia física e indudable atractivo personal, mezclado de altanería de la figura y afabilidad del trato. Casi lloró al verme, y lágrimas de desesperación le afloraron varias veces a los ojos en el curso de su relato. Volví a asegurarle que yo no era un juez.

Federico, según empezó a contarme Rosales, coincidiendo con el cuento de la Argentinista, había salido de Madrid pocos días después de la lectura amistosa de *La casa de Bernarda Alba*, acuciado por la opinión de tirios y troyanos que predecían inminente un levantamiento contra la República, incapaz a ojos vistas por parte del Gobierno de poner freno al furioso desate de las pasiones encontradas en la continua matanza con que se diezmaban a balazos los jóvenes falangistas y los proletarios de izquierda. Federico decidió reunirse en Granada, como por lo demás solía hacerlo todos los veranos, con sus hermanos y sus padres.

Siempre tenía Luis Rosales aviso de su llegada o se veían nada más llegar. Aquella vez, y dadas las circunstancias, pues la familia Rosales estaba señaladamente adscrita a la clase social que se dice conservadora y si no Luis Rosales precisamente, un su hermano pertenecía a la Falange, Federico no había ido a verle en su casa. De allí a muy poco, estalló el movimiento titulado luego de glorioso oficialmente, de los militares, el alto clero y las clases pudientes en contra violenta de la República.

Granada, dominada como Sevilla y Córdoba por los rebeldes, se sometió a la jurisdicción de un gobernador militar y el alcalde socialista de la ciudad, casado con la hermana mayor de las dos de Federico García Lorca, fue destituido y preso. Luego, muerto. Federico, desde una huerta en las afueras de Granada donde estaba con sus padres, su hermana y los niños de ésta, llamó a Luis Rosales.

—Me encontré con un consejo de familia en torno a Federico, que ¡ya le conocía usted!—me decía mi confidente—no sabía qué hacer. Estaba asustadísimo. Y no era para menos. Se habían presentado en su casa de la huerta unos individuos y después de maltratarle de palabra le habían instado a no moverse de allí, ni menos de Granada, so pena de pasarlo mal. Y sabe usted lo impresionante que era. Estaba nerviosísimo.

Yo recordaba en efecto las dos únicas veces que había visto a Federico en trance de mezclarse a una multitud levantada. La una, la noche del lunes siguiente al domingo de las elecciones republicanas del 12 de abril del 31. Estaba yo en el café de Lyon en Madrid, frontero a la Casa de Correos por la calle de Alcalá, cuando se presentó Federico todo descompuesto, aunque disimulando el susto con chistes y vayas, escandalizado de la brutalidad con que la Guardia Civil de a caballo—que al día siguiente “se pasaba” a la República—disolvía a sablazos las alegres manifestaciones, pacíficas por enteramente desarmadas, con que un pueblo auténticamente regocijado celebraba el triunfo electoral de sus candidatos republicanos.



A punto había estado el propio Federico, simple transeúnte sorprendido por el tumulto, de verse bajo las patas de la caballería, machacado por los sables de plano o con la cabeza hendida por una hoja de Toledo, como había visto en otros infelices a quienes así se les turbaba el contento.

Otra ocasión fue en el pueblo de Fuenteovejuna, el año 35, donde habíamos ido a conmemorar a Lope en su tercer centenario, con la compañía del Español que yo dirigía, y de que eran empresarios y primeros actores Margarita Xirgú y Borrás.

No más comenzar la representación en la plaza, al aire libre, con el ayuntamiento por escena y habilitadas algunas habitaciones para camerinos, echó de ver Margarita que en un patinillo a que daba su ventana había un preso. Supo por él que se trataba de un detenido por anarquista forastero, temerosos el alcalde y el gobernador de la provincia de que pudiera haber algún disturbio, tenido en cuenta el ejemplo revolucionario de la obra y la proximidad todavía de los trágicos sucesos del año anterior, principalmente en Asturias, donde el empuje obrero contra la reacción gubernamental y la represalia que siguió por parte del gobierno fueron débil apunte del terrorismo de veinte años a la hora de ahora.

A punto estuvo Margarita de suspender la función, y desde luego no se dio la del día siguiente sin que fuera yo y Federico conmigo en calidad de huésped ilustre, a obtener de las autoridades la libertad, que conseguimos, del detenido.

El pueblo se enteró, claro, y en la función de despedida Margarita tuvo que contener, con su cuerpo incluso, la avalancha airada de los asistentes, que asaltaron el escenario, donde el secretario del ayuntamiento, personificación a sus ojos del comendador a quien acababan de ver arrastrado, quería dar las gracias oficialmente a los intérpretes de *Fuenteovejuna* por aquel espectáculo de arte (cuyas representaciones, desde la primera en Madrid, venían trascendiendo sin remedio a la política). Federico, entre burlas y veras, me reprochaba la afición a meterme “en líos” y buscar barullos. Y padecía en su ánimo ante la posibilidad de cualquier alboroto que pudiera degenerar en algo más.

Decir por ello que Federico era en todo ajeno al sentimiento liberal de su inspiración en *Mariana Pineda*, ni que le fuera indiferente el advenimiento de la República, es mentira. Verdad que no tomó lo que se dice partido por ninguno de los que constituyeron el régimen nuevo a la sazón. Pero aparte su amistad con don Fernando de los Ríos y la intimidad gozosa con sus parientes, en que contaba muy preferentemente su cuñado Montesinos, de filiación socialista; su vinculación a la Residencia de Estudiantes en Madrid y al espíritu de renovación escolar que significó “La Barraca” estudiantil en el orden artístico; por lo que concierne mi amistad la que nos demostró siempre a Manuel Azaña y a mí, desde que publicamos en *La pluma* algunos de sus primeros versos diez años antes de la proclamación de la República, y su actitud en contraste con la de Benavente y la de don Ramón Menéndez Pidal al producirse el año treinta y cuatro la escisión de los republicanos culminante en la prisión de Azaña en un cañonero—si para nadie puede ser dudosa mucho menos para mí, que la vi subrayada por sus opiniones inequívocas.

Rosales no insinuó siquiera que Federico vacilase nunca en su manera de pensar ni de sentir en lo que hace a la opinión política. Aducía su pusilanidad para que yo me diera cuenta exacta de las dudas y vacilaciones de aquel día en que fue a la huerta de la familia García Lorca llamado a consejo.

—Su hermana fue quien me planteó claramente la situación. Había que sacar a Federico de Granada. Me ofrecí a ello en el acto. Delimitados los campos y tomada la ciudad al primer asalto desde dentro, había una tierra de nadie, sin soldados todavía de una y otra parte. Yo podía llevarle, sacándole en salvo, a donde pudiera fácilmente ponerse “del otro lado”.



Federico se negó terminantemente. Le daba espanto verse solo, a campo traviesa, en una tierra que por no ser de nadie, se le prometía un desierto sin abrigo. Ni hablar de ella. La hermana adujo la resistencia asimismo de Federico a ir a casa de Falla. “No, no, de ninguna manera. En primer lugar Falla está molesto conmigo desde la *Oda al Sacramento*. Le había parecido heterodoxa. Pero, además, no, le molestarían a él. Han venido a buscarme, me han insultado de lo peor, me han amenazado si me voy. No, a casa de Falla, no.”

La hermana entonces insinuó—seguía diciéndome Rosales—que donde mejor estaría, caso de no salir de Granada, era en mi casa. Es siempre la suya, siempre lo ha sido. No me atrevía a proponerlo, porque se trataba de hacerlo salir. Y a mi casa se vino conmigo. En ella llevaba unos días cuando se presentaron nuevamente a buscarle en la huerta los mimas que le habían amenazado.

“¿Dónde está Federico? ¡Ya se ha marchado! ¡Le dijimos que si se iba le encontraríamos y lo pasaría mal!”

La hermana les interrumpió, creyendo lo mejor el engañarles con la verdad: “No, no se ha marchado. Ha salido. A casa de Rosales. A leerle unos versos.”

Fueron a mi casa. Estaba solamente la criada (de ahí la confusión de la noticia al atribuirle su delación). No supo negar que estuviera allí Federico. Se lo llevaron. Cuando llegamos los demás a la hora de mi indignación. [¿Falta algo?] El padre de Federico, junto con el mío, salieron a buscarle por cuantos sitios creyeron que podían haberlo llevado.

Tampoco supo Rosales negarme a una pregunta mía la existencia de *chekas* o lugares de detención y tormento, como los que atribuyen a los rojos.

“No lo encontraron en toda la noche. Pero al día siguiente, mi hermano vino con la noticia de que estaba en el Gobierno Militar. Allá me fui. En el estado de ánimo que puede usted imaginarse. Llego<sup>6</sup> al gobierno: ‘¿Quién ha atropellado mi casa y sacado de ella a Federico?’ Se adelantó quien era: ‘¡Yo!’

“Tal me puse, que el propio gobernador me aconsejó que me fuera a casa. Obedecí relativamente tranquilo. Al día siguiente, cuando esperábamos que todo era remediable, volvió mi hermano con la noticia horrible: No había nada que hacer.”

Rosales se exaltaba, entre rabioso y abatido, preguntándome: “Pero ¿cómo es posible que no se sepa, que no lo sepa usted? ¿Si el propio Serrano Suñer (siendo ministro de Negocios Extranjeros años más tarde y siempre cuñado de Franco) lo ha dicho y repetido públicamente! Yo no pertenezco a Falange, mi hermano sí; pero no fue la Falange. Quien lo buscaba, quien lo sacó de mi casa fue... aquí el nombre (que he olvidado yo, pero que no importa que yo revele aunque me acordase, puesto que tantos lo saben), de un diputado que fue de la CEDA, la Confederación Española de Derechas Autónomas.<sup>7</sup> —Sí, no sólo le autorizo a que cuente cuanto le he dicho sino que se lo ruego.”

Luego me refirió, sin alusión a otra cosa que al tiro del guardia civil al bajar a Federico del camión y darse cuenta inequívoca de adonde<sup>8</sup> le llevaban, lo mismo que mi anterior relator me había contado en España.

Quedamos en que yo procuraría transcribir lo más exactamente que pudiera lo que acababa de decirme y que se lo mandaría a La Habana, adonde se volvían Rosales y su acompañante al día siguiente; para que una vez comprobada mi exactitud con su firma, viera yo de publicarlo.

Yo cumplí lo prometido; pero nunca recibí contestación de Rosales de La Habana, ni de ninguna parte. Tampoco volví a escribirle. Andando el tiempo, y no mucho, tuve ocasión, por otra persona que me merece amistad y confianza, de saber hasta qué punto era cierto, pero no completo, el relato de Luis Rosales. □



## Antonio Machado

Carlos Sampelayo. *Los que no volvieron*. LosLibrosDeLa Frontera. Barcelona, 1975. Pgs. 36-43



Machado por Sorolla, 1917

### Retazos de su vida y de su muerte

Estaba frente al Real, en la esquina que forma la calle de Vergara con la de Santa Clara, no lejos de la casa donde se pegó el tiro Larra, y de la taberna de Eladio -que era la que daba mejor y más barato menú en Madrid- así como las de Isabelita, su hija, y la de Próculo. Uno de esos cafés cuya desaparición tanto se ha llorado, con su ciego que tocaba zarzuelas al piano y una señorita pasada y miope que tocaba el violín desafinando lo menos posible. Al final de cada pieza se aplaudía, no se sabe si a los intérpretes o al silencio.

Cerca del mostrador estaba la tertulia de los Machado, a la que ~ iba algunas veces Félix Urabayen, escritor toledano, como las espadas, y tan fino como ellas. Era lo que hoy se llamaría una tertulia exclusiva, porque siempre iban los mismos personajes, sin renovación, desde las siete hasta las nueve de la noche. Don Antonio leía el periódico silenciosamente, apartado de la conversación de los demás, que dirigía su hermano Manolo. ¡Vaya hermanos tan distintos! El uno, callado, reflexivo, sin segundas intenciones. El otro, hablador, risueño, bromista. Un día le dieron en el mostrador un libro dejado allí para él por Gregorio Martínez Sierra. Se titulaba *Sol de la tarde*. Manolo miró la portada y exclamó:

-¿*Sol de la tarde*? ... ¡Café de la noche!

Y lo vendió en el puesto de libros del callejón de San Ginés, por una cincuenta. Un café-café costaba entonces setenta céntimos.

Cuando verdaderamente se reía don Antonio era si su hermano y Urabayen evocaban el servicio militar, que habían pasado juntos, precisamente en el 98, cuando se le declaró la guerra a los Estados Unidos. Recordaban con regocijo el entusiasmo bélico con que partieron hacia costas de Almería dispuestos a hundir el primer barco que apareciese con la bandera de las barras y las estrellas, aunque sólo llevaban sus viejos fusiles de reglamento. Todo el mundo participaba del mismo ardor, y en las arengas y mítines se hablaba entre ovaciones y vivas, de "aplstar" a los americanos. Don Antonio sostenía que Urabayen había dicho en una ocasión:

- ¡Acabamos con ellos a gorrazos! Y añadía el poeta:

-Eso se explica porque Félix siempre ha gastado boina, y nunca ha creído que hubiera una mejor arma ofensiva. Urabayen, a su vez, contaba que cuando estaban atrincherados en la costa almeriense, siempre que se veía el humo de un barco en el horizonte, Manolo gritaba:

- ¡Jodo, vapor!

Y corría a esconderse por si acaso. Un acaso que jamás llegó.



## Evocación de la casa de Eladio

Don Antonio llevaba siempre los zapatos desabrochados, porque se le hinchaban los pies. Tenía un andar lento, de pasos cortos. Iba vestido de negro, con cuello de pajarita y la corbata torcida, el abrigo sin abotonar, como el balandrán de los curas, y el sombrero mal colocado, caído sobre la cabeza. Por el contrario, Manolo era jarandoso de andares, esbelto, enemigo del gabán; se colocaba el sombrero redondeando la copa y no se le escapaba de la mano un junquillo cimbreante.

Algunas veces iban a cenar a "casa de Eladio," la taberna más simpática que ha existido en Madrid, y ¡cuidado que es difícil decir eso! Se comía baratísimo y con regusto. Por un duro, hasta pollo de tercer plato.

Le gustaba más ir allí que a casa de Próculo, que era una taberna sin tipismo, donde sólo albergaba gente con prisa, como el estudiante-ministro Sbert.

La casa de Eladio sí tenía tipismo. Era la clásica tasca con mostrador de cubeta de cinc rematada en un ángulo por la estatuilla de un giraldillo de estaño; de esas que ya quedan muy pocas en Madrid. Lo mismo iban a ella gentes de la aristocracia como bohemios que había conseguido tres pesetas prestadas aquella noche. Asistían tantos periodistas, que Eladio no tuvo más remedio que casar a su hija con uno de ellos, célebre por cierto. También se componía la concurrencia de gentes de Palacio y del Real, músicos, cantantes, coristas. En Italia se hablaba mucho de "casa Eladio."

El maestro Conrado del Campo llegó una noche muy deprisa, vestido de frac, y dijo:

-¡Pronto! ¡Un par de huevos fritos, que tengo que dirigirla orquesta!

Eladio le contestó:

-¿Es que se cree usted que es tan fácil freír bien un par de huevos como dirigir una orquesta?

El hijo de Eladio, un mocetón que tomaba el pelo a todos los clientes, recitaba la carta de arriba a abajo y de abajo a arriba, de memoria, con mucha rapidez y dando a los platos nombres humorísticos de valor entendido. Nadie pedía explicaciones porque no se las daba y todos sabían lo que quería decir. Las sardinas fritas eran "corceles del Cantábrico"; rebozadas, "corceles del Cantábrico con gabardina." A la perdiz escabechada le llamaba "-.1 salir el sol" (parodiando un cantable de una vieja zarzuela que decía: "Al salir el sol canta la perdiz...", etc.). Cuando anunciaba "manos de cordero," siempre añadía: "Pies de Saborit." (Por dos diputados socialistas que se apedillaban Cordero y Saborit). A las alubias pintas las llamaba "las del ruido," y a las blancas "galena blanca sonora." (Era la época en que se inventó la radio y sólo se podía oír con auriculares conectados a un aparato con piedra de galena). En fin...

## La paz y la guerra

Era poco amigo don Antonio de asistir a banquetes o peñas literarias con gentes de diversos huertos. No se le recuerda nunca en una fotografía alrededor del homenajeado. Como a Baroja. Había que vestirse un poco de etiqueta, y eso era superior a sus fuerzas. Es posible que al único banquete "oficial" que asistiera en su vida, fuese al que le dedicaron a Francisco Grandmontagne, el 8 de junio de 1921, en el corral de la posada del Segoviano, uno de los más celebrados y con mayor ambiente que se han dado en Madrid.

Grandmontagne era una especie de embajador o adelantado intelectual de España en la Argentina, y acababa de volver de uno de sus múltiples viajes.

Don Antonio, a los postres, leyó tímidamente unos versos sinceros, justos y ponderados, que había fraguado en Segovia, de donde fue a Madrid exclusivamente para asistir al banquete.

Las cátedras en las viejas ciudades castellanas, le ahorraban y ocultaban las tertulias y comedillas de la Corte.

Recuerdo, muchos años después, a don Antonio en otro banquete que le dieron los comunistas en Barcelona, poco antes de terminarse la guerra en Cataluña. Se le advertía ya totalmente viejo, aunque no eran muchos sus 64 años. Parecía cansado de vivir, como ausente de lo que estaba pasando allí, que era muy importante. Se festejaba el ingreso del poeta en el partido, la firma y entrega del carnet. Yo creo que no se daba cuenta de lo que firmaba, y si se la daba, le traía sin cuidado. Lo mismo hubiera firmado un carnet del partido radical, de habérselo puesto delante, y no se podía desaprovechar la ocasión de mostrarle al mundo aquella baza tan publicitaria que representaba la catequesis de Machado.



Los discursos, los himnos, las alabanzas, le aturdieron. Era una sombra que se convertía en símbolo. Algunos espectadores neutrales sentían lástima. Luego le llevaron de aquí para allá, haciendo política con su nombre y su poesía; pero a la hora de echar a correr, aquellos comunistas le dejaron solo, con su madre. El traslado de Barcelona a la frontera lo hicieron en principio en un coche puesto a su disposición por el doctor Puche, rector que fue de la Universidad de Valencia hasta finalizar la guerra civil, jefe luego de una Junta de fondos para los refugiados españoles en México, que no soltaba un céntimo, entre otras cosas quizá porque no se le acabara en seguida.

El coche en que iba Machado hacia la frontera, con otras personas, formó parte de aquella fila trágica, interminable y lenta -doce horas de Barcelona a Figueras-, entre aquellas camionetas llenas de municiones ociosas. A cada momento había que salir del coche por los propios medios y tenderse en el campo para evitar ser aplastados por la visita nocturna de los aviones. El blanco que ofrecía la fila de vehículos era magnífico. Don Antonio rodó una vez por un terraplen, arañándose las manos en los jaramagos.

El 25 o 26 de enero de 1939, Machado y su madre se encontraron en Cerviá de Ter con otros expedicionarios intelectuales, y allí estuvieron hasta el 8 al anochecer alojados en una masía. Se conserva una fotografía, realizada por José y Gómez en la que aparece Machado rodeado de varios amigos (entre otros el profesor Enrique Rioja). El 28, Machado y su madre llegaron al "Mas Faixat" donde se reunieron con Navarro Tomás, Corpus Barga, Carles Riba, Joaquín Xirau, el doctor Sacristán, etc. Ya en Francia el poeta y su madre pernoctan en Cerbère. Luego, se les ve caminar por la carretera, apoyándose el uno en el otro, parándose a cada instante, como sin rumbo, casi sin vida. En una triste estampa que conocen muchos fugitivos desesperados y egoístas, con un instinto de conservación, salvaje, para quienes la agonía del poeta era una agonía más. Sólo Corpus Barga, con su gran humanidad física y moral, compadecido, coge a la madre del poeta en brazos, y la conduce así, durante varios kilómetros hasta un viejo ferrocarril de tercera.

#### Un alto en el camino de la huida

El periodista se escapó del campo de concentración de Saint Cyprien de una manera paradójica. Le habían mandado tender alambradas en unión de otro compañero. La gente del pueblo cercano les miraba trabajar, desde un montículo, como divertida. El periodista le dijo a su compañero:

-Esto es demasiado humillante. ¿Vámonos...?

-¿Qué quieres decir?

-Que nos escapemos...

-Pero, ¿cómo?

-Mira... Así... Echa a andar sin volver la vista atrás... Despacito... No corras...

El otro le siguió temeroso:

-Nos pueden disparar...

-Tú sigue... Si disparan ¿qué más da? Esto es cuestión de suerte o de muerte.

Siguieron caminando despacio, como dos "clochards" hablando de marcas de automóviles o de estrellas de cine. El terreno iba tapándoles poco a poco de la visión de las alambradas. Los soldados senegaleses marchaban de un lado para otro sin advertir la fuga. Los escapados miraron un momento y vieron que "los espectadores" del montículo les seguían contemplando a ellos, solamente a ellos. Entonces, el periodista los despidió con la mano, irónico, humorista, temerario. De pronto, sin ponerse de acuerdo, echaron a correr como movidos por un resorte.

Llegados a un cruce de caminos, decidieron separarse, dividir las suertes. De todas maneras, no se habían conocido hasta aquel instante en que, con otros desgraciados, les mandaron a tender alambradas. El periodista quedó solo. Era decidido y sagaz. Por eso se desprendió del compañero en seguida, para no arrastrar el lastre de una voluntad ajena.

Caminaba unas veces por la carretera, otras por sendas, algunas entre matorrales, guiado por el instinto, esquivando las parejas de gendarmes y los caseríos con perros y viejas delatoras. La noche fría de febrero, dominada por la tramontana o mistral que arranca lascas de nieve del Canigó pirenaico y verdagueriano, le orientó hacia las luces de un pueblo que se mecían a lo lejos. Había que arriesgarse.



Entró en las calles atalayando en las formas humanas la apariencia de un kepis o un casco, para doblar a tiempo las esquinas. Las casas estaban cerradas y las tabernas abiertas. Pero entrar en ellas sin cautela y sin dinero, era exponerse a un disgusto, igual que preguntar.

En la plaza oyó una conversación española. Se volvió y...el mundo es un pañuelo: eran dos compañeros de profesión, y uno de ellos ex ministro, que se llamaban Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido.

-¿Qué hay por aquí?

-Gendarmes.

-¿Y comida?

-¿Tienes dinero?

-Poco.

--Pues, ten cuidado. La libertad en Francia cuesta dinero.

-Es que estoy rendido y hambriento.

--Ven con nosotros. Vamos a comer - -dijo Zuga.

Entraron en un pequeño "bistró", y ante la actitud tímida del periodista, Cruz le tranquilizó:

-No te preocupes, que tenemos para pagar la comida.

- ¿Y si entran gendarmes?

-Mientras vean que poseemos "d'argent", ni te piden la documentación.

Durante la comida, hablaron Zugazagoitia y Cruz Salido. -Deberíamos ir a eso... -dijo el primero. -Sí, ahora iremos.

-¿Adónde? -preguntó el periodista.

-Nos han dicho que se ha muerto esta tarde aquí un refugiado, un pobre viejo que no sabemos quién es, y hemos pensado ir a ver qué se puede hacer. -¿Dónde está?

-En un hotelucho cerca de aquí.

- ¡Pobre hombre! No habrá podido aguantar el frío... -comentó el periodista.

Fueron al hotelucho. Era algo menos que eso. La dueña discutía con una anciana de ochenta años, que se deshacía en lágrimas.

-Aquí no puede "estag, señoga"... Aquí no puede "estag"... Tienen que llevárselo al "depósito".

Los periodistas se asomaron a una habitación fría y destartalada. Sobre un camastro yacía el cadáver de don Antonio Machado, solo, sin más compañía que su madre.

Zugazagoitia convenció, con argumentos económicos, a la "madame", de que esperase. Había que amortajar el cadáver y enterrarlo en el cementerio, dignamente.

La madre del poeta quería un hábito de fraile. No consentía otra mortaja para su hijo que la que habían llevado su padre y su abuelo. Pero buscar un hábito de fraile en aquel pueblo y en aquellas circunstancias, era como pedir la Luna. Zugazagoitia, Salido, el periodista y otros amigos llegados después se fueron cada uno por su lado, de casa en casa, contagiados por la voluntad de aquella madre que subsistía - ¿subsistía? - al hijo más sensible del mundo.

Y encontraron el hábito. Era un viejo sayal de franciscano, sucio y roto, al que le faltaba el cordón. Se sustituyó con una soga que aportó la "madame". Los tres periodistas vistieron el cadáver, lo contemplaron. El fugitivo desconocido para nosotros recordó los últimos versos de "Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido":



"La barba canosa y lacia  
sobre el pecho;  
metido en tosco sayal,  
las yertas manos en cruz,  
¡tan formal! el caballero andaluz."

Luego se marcharon los tres, antes de que vinieran los gendarmes.

\*\*\*

Tras el tiempo, vinieron las peregrinaciones, el homenaje "post mortem", para el que Picasso pintara un cartel magnífico, respaldando con su nombre a aquella de la máxima intelectualidad española; las visitas al hotel, al cuarto donde murió, como si fuera un santuario, a la silla en que se sentó y los objetos que tocara aquel pobre y desamparado viejo muerto allí. El hijo de la "madame" prosperó, y de lo que hemos llamado un hotelucho, hizo un buen hotel confortable, y hasta contribuyó a costear una buena sepultura para el maestro. ¡Ah, el positivo "midi"! □

